La Gallina ciega

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 48—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 142 á 144)



LA GALLINA CIEGA.



LA GALLINA CIEGA,

ZARZUELA CÓMICA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

LETRA DE

MIGUEL RAMOS CARRION,

MÚSICA DEL MAESTRO

FERNANDEZ CABALLERO.

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela el 3 de Octubre de 1873.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
O	Srta. Uriondo.
CIRCUNCISION	Sra. Baeza.
DON CLETO	Sr. Castilla.
DON VENANCIO	Sr. Crespo.
SERAFIN	Sr. Iglesias.

La accion en Madrid.—Época actual.

Nota. Esta zarzuela ha sido escrita sobre el pensamiento de una obra francesa.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de D. Cleto. Á la izquierda [1] balcon que da al patio. Puertas al foro y derecha.

ESCENA PRIMERA.

O sola, llorando.

Dios mio, Dios mio! Qué dirá mi padrino cuando lo sepa! Él que la quiere tanto, que se pasa las horas muertas enseñándola á hablar en cinco idiomas distintos! Va á tener un disgusto muy grande. Y dónde habrá ido á parar el diablo de la cotorra!—Ah! Qué idea! Sí. Es lo mejor, sacrificaré mis ahorros.—Voy á escribir el anuncio para *La Correspondencia* de esta noche. (Se pone á escribir.) Ocho duros de gratificacion.—Así, con letras gordas para fijar la atencion de los lectores... (Escribiendo.) «Se ha perdido una cotorra.» No, esto no está bien.—«Se ha volado una cotorra.» No, tampoco. —Ay! bien dice mi padrino que es muy difícil ser buen periodista! Qué trabajo cuesta poner un anuncio! «Se ha extraviado una cotorra.»

1 Del espectador.

ESCENA II.

DICHA y CIRCUNCISION.

CIRC. Qué estás haciendo?

O. Un anuncio para *La Correspondencia* en el que ofrezco todo lo que tengo al que nos devuelva la cotorra.

CIRC. Pero muchacha, todo lo que tienes me parece mucho ofrecer.

O. Yo con tal de evitar á mi padrino el disgusto de que sepa que se ha perdido lo doy todo por bien empleado. Pero el caso es que no sé cómo poner el anuncio...

CIRC. Cosa más fácil! Guíate por otro cualquiera.

O. Tienes razon, no se me había ocurrido.

CIRC. Mira, aquí está *La Correspondencia* de anoche. Verás cómo encontramos un an uncio que nos sirva de modelo...

O. Sí, á ver si hay alguno de esta clase.

CIRC. Aquí hay uno. Vé escribiendo.—«Desde la calle de Alcalá al teatro de la Ópera...» En lugar de esto, pon desde esta casa...

O. Justamente. Desde la calle de la Lechuga, número treinta, piso tercero...

CIRC. Eso es.—Se ha perdido una perra... En lugar de perra...

O. Ya sé, ya. Se ha perdido ayer una cotorra...

CIRC. Con el hocico esqui lado y una oreja de color de chocolate.

O. Qué estás diciendo?

CIRC. Lo que pone aquí!

O. Trae, trae acá. Yo lo pondré como me parezca. No sirves para nada. (Váse.)

ESCENA III.

CIRCUNCISION, despues SERAFIN.

CIRC. Ay! No me trataría así si ella supiera!... Pero ya

llegará dia en que lo sepa: cuando esté colocada, cuando ya no pueda perjudicarla!

SERAFIN. Se puede pasar?

CIRC. Adelante.

SERAFIN. No está el dueño de la casa?

CIRC. No señor.

SERAFIN. (Magnífico!) Y la señorita?

CIRC. Sí señor, qué deseaba usted?

SERAFIN. Hablarla.

CIRC. La avisaré. Tome usted asiento.

SERAFIN. No hay de qué, digo, gracias.

CIRC. (Quién será este jóven?) (Váse.)

ESCENA IV.

SERAFIN solo.

Sí señor, tiene razon mi madre, yo debo casarme, yo necesito casarme, es preciso que siente ya la cabeza! —Esta jóven creo que me conviene, debe ser rica. Ah! Si fuera rica no tocaría yo más el violin! Qué felicidad!— Lo que es necesario es que no haga yo cualquiera de las mias. Pero señor, por qué seré yo tan distraido, y así, tan atortolado y tan...

ESCENA V.

SERAFIN y O.

O. Caballero...

SERAFIN. Señorita...

O. Ah! El vecino!

SERAFIN. Dispense usted si me atrevo...

O. Pero caballero, qué viene usted á buscar aquí?

SERAFIN. Señorita, no se altere usted. Yo no soy tan osado que me lance á venir sin un motivo. Traigo á usted el lorito... (Se le da.)

O. Ah! Qué alegría! La cotorra...

SERAFIN. No es loro? Dispense usted, creí que lo era...

O. No hay de qué, gracias, mil gracias... No sabe usted cuánto le agradezco...

SERAFIN. Me lo agradece usted, oh qué felicidad!

O. Sí señor, se lo agradezco mucho.

SERAFIN. Debo advertir á usted que la fuga de ese animalito no ha sido casual....

O. ¿Cómo?

SERAFIN. Me confieso culpable...

O. No comprendo lo que quiere usted decir...

SERAFIN. Yo he demostrado á usted mil veces con miradas desde mi balcon el amor ardiente que la profeso...

O. Caballero...

SERAFIN. Sí, bellísima vecina. Yo hubiera podido escribir á usted una carta y arrojársela desde mi balcon; pero prefería decirla verbalmente que la amo.

O. Caballero...

SERAFIN. Yo no podía hablar con usted, sino viniendo á su casa, y se me ocurrió para ello descolgar desde mi balcon la jaula de ese bicho, sacarle de ella, colocarla abierta para que usted creyera que se habia escapado y venir luégo á traer la cotorra, que por cierto me ha dado un picotazo en las narices.

O. Ay! le ha hecho á usted daño?

SERAFIN. No señora; me ha dado gusto; siendo cosa de usted no puede desagradarme nada.

O. Gracias, pero retírese usted... puede venir mi padrino...

SERAFIN. Qué importa? Le diré á lo que he venido... Y no me marcho sin que usted no conteste. ¿Me ama usted ó no? (Así á quemarropa!)

O. Yo... cómo quiere usted que le diga... de pronto sin saber quién es usted ni?...

SERAFIN. Va usted á saberlo.

MUSICA.

SERAFIN. Yo soy un jóven
de buena pasta

y soy alegre
como unas pascuas.
Mas desde el dia
en que ví á usté,
me he transformado
no sé por qué.

—

Yo no como, yo no duermo,
yo me siento muy enfermo,
ni descanso, ni reposo,
en contínua agitacion;
si el hallarme en tal estado
no es estar enamorado,
señorita, señorita,
venga Dios y dígalo.

—

O. Si soy la causa
de lo que escucho,
yo, amigo mio,
lo siento mucho;
mas no contesto
porque aún no sé
á todo esto
quién es usté.

—

SERAFIN Me explicaré.

—

Yo soy Serafin
García Bemol,
primer violin
del Circo de Paul.
Artista de fe,
que sabe sentir
y que hoy para usté
desea vivir.
Mas ejecuto poco y mal
desde el momento en que la ví,

porque la escala musical
no está completa para mí.
Que por culpa de usté
la escala queda así:
do-re-mí-fa-sol-la...
pero me falta el sí.

—

O. Si usté ejecuta poco y mal
por la razon que le escuché,
yo de la escala musical
la última nota le daré.

SERAFIN. Démela usted por Dios.

O. Palabra ya le dí:
Do-re-mi-fa-sol-la...
y tome usted el sí.

—

LOS DOS. Do-re-mi-fa-sol-la
y {tome / deme} usted el sí.

HABLADO.

SERAFIN. Oh! Qué feliz soy! Pero ante todo dígame usted su nombre.

O. O.

SERAFIN. ¿De qué se asombra usted?

O. No es que me asombro.

SERAFIN. Como dice usted ¡Oh!

O. Es que ese es mi nombre: O.

SERAFIN. Ah!

O. No, no es A, es O.

SERAFIN. Ya he comprendido, ya. Tiene usted el nombre más breve, más expresivo y más redondo.

O. Pero por Dios, caballero, retírese usted. Mi padrino no debe ya tardar...

SERAFIN. Y quién es su padrino de usted?

O. Mi protector, el dueño de esta casa.

SERAFIN. Ah, no es su padre de usted? Yo creía...

O. No señor; no he conocido á mis padres. Este buen señor me recogió cuando era muy pequeña y me quiere como si fuera hija suya.

SERAFIN. Es usted huérfana! Yo tambien soy huérfano de padre! Pero dentro de poco usted tendrá un padre que será mi mamá, y yo tendré una madre que será su padrino de usted.

O. Cómo!

SERAFIN. Digo, no, lo contrario; pero ya usted me ha comprendido.

O. Sí, pero retírese usted; mi padrino vendrá de un momento á otro...

SERAFIN. Yo necesito hacerme amigo de su padrino de usted, yo necesito venir á verla á usted, yo no puedo vivir sin usted.

O. Pero por Dios...

SERAFIN. Sí, ya me retiro. Pero ántes... diga usted, ¿desde aquí se me oye tocar?

O. Sí señor, le oigo á usted todos los dias.

SERAFIN. Dígame usted qué pieza prefiere y esa tocaré siempre.

O. Yo... La locura de Linda.

SERAFIN. Oh! Alma sublime! Tocaré esa pieza á todas horas y pensaré en el medio de hablar á usted con frecuencia! Ahora la dejo, no quiero comprometerla. Pero volveré, volveré! (Al saludar, tira el velador con la jaula del loro.) Ay!

O. Pobre cotorra!

SERAFIN. (Dios mio! Ya me chocaba á mí no haber hecho alguna de las mias!) Se habrá lastimado?

O Creo que no! La pondré al balcon.

SERAFIN. Cotorrita! Dame la patita! (Yo sí que he metido la patita!) Adios, señorita, adios.

O. Vaya usted con Dios!

ESCENA VI.

O, despues CIRCUNCISION.

O. Ay, qué gusto! Ya tengo novio! Y me escribirá cartitas, y yo le diré que le quiero mucho!—Qué contenta estoy!

CIRC. Me alegro!

O. Eh!

CIRC. Lo he oido todo.

O. Cómo todo?

CIRC. Lo que te ha dicho ese jóven.

O. De veras? Y qué te parece?

CIRC. Hija mia, el corazon de la mujer es una alcachofa; únicamente aprecia su ternura el que sabe buscar el cogollo sin hacer caso de las duras hojas que lo encierran.

O. No comprendo.

CIRC. Ese jóven es de los que saben buscar el cogollo. Es artista, tiene el alma tierna, sabe sentir, sabe amar... Puede hacerte dichosa. Y yo, que únicamente deseo que seas feliz, seré la mediadora en estas relaciones.

O. Qué buena eres!

CIRC. (Si ella supiera!...)

O. Ya está tocando! (Se oye el violin.) El aria de la locura!

CIRC. Qué afinacion! Qué sentimiento!

ESCENA VII.

DICHAS y D. CLETO.

CLETO. Qué vecino tan insufrible! Siempre dale que le das al violin; creo que voy á mudarme por no oirle.

O. Padrino!

CLETO. Ah! Estabas ahí? Tenemos que hablar.

O. Como usted quiera.

CLETO. (Basta de vacilacion: se lo diré claramente y saldré de esta duda que me tiene inquieto.) Pues sí, tenemos que hablar muy largo. Circuncision, retírate.

CIRC. (Dios mio! Si él supiera!... Qué desgraciada soy!)

CLETO. Circuncision; hoy tenemos convidado. Ayuda á la cocinera y prepara una comida de primer órden. Pon langostinos... Recuerdo que era muy aficionado á los langostinos.

CIRC. Está bien.

CLETO. Y saca la vajilla de lujo.

CIRC. Está bien.

O. Y quién es el convidado, padrino!

CLETO. Un antiguo amigo á quien hace veinte años que no veo. Ha venido de América y me escribe diciéndome que hoy comerá conmigo.—Conque cuidadito, Circuncision.

CIRC. Descuide usted. (Qué desgraciada soy!) (Váse.)

ESCENA VIII.

DICHOS ménos CIRCUNCISION.

O. Vaya, ahora dígame usted lo que tiene que hablarme.

CLETO. Sí, hablemos.—Siéntate aquí á mi lado.

O. Aquí me tiene usted.

CLETO. Pues señor... (No sé cómo empezar.) Pues señor...

O. Qué, me va usted á contar un cuento?

CLETO. No, una historia.

O. (Ah, vamos, la de siempre.)

CLETO. Pues señor, hace de esto diez y seis años: acababa yo de enviudar de mi pobre Escolástica, que está en la gloria, y yo tambien desde entónces. Viéndome solo y no queriendo sufrir en una casa de huéspedes, seguí en la mia y tomé por ama de gobierno á Circuncision, que me ha servido fielmente todo este tiempo.—Á los pocos dias de estar en casa me trajo una niña de tres años...

O. Sí señor, yo, yo misma.

CLETO. Déjame continuar.

O. Pero si ya lo sé, y le estoy á usted muy agradecida, y...

CLETO. No se trata de eso.—Me trajo una niña de tres años, que sin duda se había perdido en la calle. Era una criatura monísima.

O. Gracias.

CLETO. Y continúa siéndolo.

O. Muchas gracias.

CLETO. (Parece que no le ha sentado mal el piropo.) Yo avisé al Gobierno civil por si sus padres la reclamaban, pero pasaron dias y meses, y años, y diez y seis van transcurridos sin que nadie haya venido á buscarte.—Yo empecé pronto á tomarte cariño; fuiste creciendo y te llegué á querer como una hija.—Cuántas veces te he tenido sobre mis rodillas! Cuántos millones de besos te he dado...

O. Padrino...

CLETO. Te ruborizas? Pues aseguro que el dia en que te pusieron de largo tuve un verdadero disgusto, porque desde aquel no he vuelto á darte ni un beso siquiera...

O. Padrino...

CLETO. Padrino, padrino, me carga que me llames padrino!

O. Pues cómo he de llamarle á usted?

CLETO. Cleto.

O. Cleto, así á secas!

CLETO. Ó Cletito.

O. Eso sería falta de respeto.

CLETO. No es respeto lo que yo quiero que me tengas, sino cariño... ¿Comprendes? cariño... (Creo que no me comprende; pero mañana se lo diré más claro. Esto servirá de preparacion.—Siempre me pasa lo mismo. ¿Por qué no he de decírselo hoy?)

O. En qué piensa usted?

CLETO. En nada...

O. No tiene usted más que decirme?

CLETO. Sí... pero no...

O. Pues me voy á ayudar á Circuncision.

CLETO. Bueno, vete. Pero no; escucha...

O. Diga usted.

Cleto. Sí, vete, vete. (Decididamente se lo diré mañ ana.)
Ven. (Dentro.) Cleto! Cleto!
Cleto. Ahí está ya. Venancio!

ESCENA IX.

D. CLETO y VENANCIO.

MUSICA.

Ven. Cleto!
Cleto. Venancio!
Ven. Aprieta!
Cleto. Aprieta. (Se abrazan.)
Ven. Vaya otro abrazo. (Id.)
Cleto. Vayan cincuenta.

—

Ven. Desde que no nos vemos
has mejorado!
Cleto. Tú tambien segun veo
has engordado!

—

Ven. Cleto!
Cleto. Venancio!
Ven. Aprieta!
Cleto. Aprieta!
Ven. Venga otro abrazo! (Se abrazan.)
Cleto. Vayan cincuenta! (Id.)

—

Dí, por el otro mundo,
qué tal te ha ido?
Ven. Malo, mediano y bueno,
de todo ha habido.

—

Ven. Cleto!
Cleto. Venancio!
Ven. Aprieta!

CLETO. Aprieta!
VEN. Venga otro abrazo! (Id.)
CLETO. Vayan cincuenta! (Id.)

—

Dime qué dejas
por Ultramar,
cuéntame cosas
de por allá.

—

VEN. Pronto tendré que concluir
pues el que hoy viene de Ultramar,
si es que trae algo que decir
traerá muy poco que contar.

—

De la patria del cacao
del chocolate y del café,
vengo, amigo, enamorao
y acaso pronto volveré.

—

Las mujeres que hay allí
en otra parte no hallarás,
buenas son las que hay aquí,
pues son aquellas mucho más.
Si te gustan las rubias
las hay de *miflor*;
si prefieres morenas
aún mucho mejor:
y hay mulata que tiene
pintada la piel
de color de canela
que no hay más que ver.

—

CLETO. Ay, por Dios te lo pido
no me hables así,
que á pesar de mis años...
aún me hacen tilin!
VEN. Te lo digo de veras

las hembras de allí,
á pesar de mis años
aún me hacen tilin!

—

VEN. Brilla el fuego tropical
de su mirada en el ardor,
y en sus labios de coral
hay la sonrisa del amor.
De su cuerpo á la esbeltez
nada hay que puedas comparar,
y su dulce languidez
tiene un encanto singular.

—

Ellas solo pronuncian
palabras de miel;
ellas son las mujeres
que saben querer.
Si te dice que *nones*
alguna de allí,
á la vez con los ojos
te dice que sí.

—

CLETO. Ay, por Dios te lo pido, etc...
VEN. Te lo digo de veras, etc...

HABLADO.

CLETO. Y piensas volver pronto á América?
VEN. No: estoy resuelto á cumplir un deber que probablemente me retendrá en España.
CLETO. Sí, eh!
VEN. Sí, amigo mio; es una historia que ya te contaré más despacio. Vengo á buscar un hijo...
CLETO. Un hijo!
VEN. Ó una hija; no estoy seguro de lo que será!...
CLETO. Hombre, eso es más raro.

VEN. Pero, ay, los derribos creo que van á ser causa de que no encuentre á ese vástago infeliz.

CLETO. Los derribos!

VEN. Sí.—Madrid no es Madrid. Ya no existe la calle de Peregrinos; la de Preciados está trasformada; falta media calle de la Ternera, y la iglesia de Santa Cruz con su torre y todo ha venido al suelo.

CLETO. Eh? (Dios mio, si estará loco?)

VEN. Madrid ha sufrido una trasformacion completa, y creo que han derribado tambien mi felicidad!

CLETO. (Lo que digo, este hombre está tocado.)

VEN. Por qué han derribado la calle de la Ternera? (De pronto.)

CLETO. Hombre, no sé; pero te aseguro que yo no he tenido la culpa.

VEN. En esa calle debia yo haber encontrado lo que busco —¿No me comprendes?

CLETO. Si te he de decir la verdad...

VEN. Oye.—Poco tiempo ántes de marchar á América á recoger la pequeña herencia que ha sido base de mi fortuna, estaba en relaciones amorosas con una tal Paulina, bellísima muchacha, costurera en fino, que trabajaba á domicilio: me enamoré de ella porque tenía un pie...

CLETO. Era coja? Pobrecilla.

VEN. No; tenía dos piés...

CLETO. Ah! vamos!

VEN. Chiquititos como dos almendras.—Pues bien, me enamoré de ella, y me hubiera casado á no hallarme en tan mala posicion y próximo á emprender tan largo viaje.—Partí sin despedirme, lo averiguó, y en Cádiz, un dia ántes de embarcarme, recibí carta suya en que me anunciaba que yo iba á ser padre... La contesté asegurándola que mi regreso sería pronto y que cumpliría con mi deber. Pero embrollóse en América la cuestion de la herencia; pasaron años y años, y yo, la verdad, al cabo de algunos llegué á olvidar á la pobre Paulina. Pero, amigo mio, cuando lle-

ga uno á cierta edad sin familia y con dinero, se desea tranquilidad, vienen á la memoria los tiempos pasados, y desde hace dos años se fijó en mí la idea de Paulina y de mi hijo, y he vuelto decidido á encontrarlos á todo trance. Pero llego á Madrid, ella vivia en la calle de la Ternera, y la calle de la Ternera apenas existe: una amiga suya vivía en la de Peregrinos, y los Peregrinos han desaparecido: recordé que tenía promesa de ir todos los viernes á oir misa á Santa Cruz, y Santa Cruz la han derribado.—¿Qué hago yo? Tengo razon al quejarme de los derribos! (Durante esta relacion, Venancio da palmadas en la rodilla y el hombro de Cleto haciéndole retirarse al extremo de la silla donde está sentado.—Al levantarse Venancio, que tiene apoyado en ella un pié, Cleto cae al suelo.)

CLETO. Ahora ya te comprendo. Pero es claro, al cabo de diez y nueve años...

VEN. Mi hijo tendrá ya barbas.

CLETO. Hombre, si es hija no las tendrá...

VEN. Cierto; si es hija no debe tenerlas.

CLETO. Pues me alegraré que encuentres el fruto de esos amores, calaveron.

VEN. Sí, échatelas tú de santo.—Crees que he olvidado ya nuestras correrías? ¿No recuerdas nuestras aventuras del Chuletin y de Capellanes?

CLETO. Es verdad: qué tiempos aquellos!

VEN. Parece que fué ayer cuando estuvimos una noche en Capellanes, yo vestido de turco y tú de almirante ruso.

CLETO. Es verdad!

VEN. Tú bailaste casi toda la noche con una beata. Jé! jé!

CLETO. Y tú estuviste toda la noche con una turca... Jí! jí!

VEN. Y las llevamos al ambigú.

CLETO. Y pidieron pollos...

VEN. Con tomate.

CLETO. Y como no teníamos dinero las dejamos solas, es decir, solas no, con los pollos. Jé! jé!

VEN. Jí! jí! Por entónces eran nuestras aventuras en la calle

del Sombrerete.

CLETO. No me recuerdes eso!

VEN. Por qué?

CLETO. Allí tenía yo mis dulces coloquios con aquella dama incógnita que se hacía llamar Tisbe!

VEN. Y yo en la casa de enfrente con aquella bizca que ya no me acuerdo como se llamaba.

CLETO. Precisamente esa noche que estuvimos en Capellanes fuí á verla despues vestido todavía de almirante ruso, la propuse un rapto, se negó, la dije que huía para siempre de su lado, me cogió por una charretera y se quedó con ella entre las manos.—Yo escapé, y cuando volví al siguiente dia ya no acudió al lugar de nuestras citas.—No he vuelto á verla: ¿qué sería de la pobre Tisbe?

VEN. Aquella noche troné yo tambien con mi bizca. Le parecí muy feo con el traje de turco!

CLETO. Todo pasó! Poco tiempo despues fuí á Barcelona y allí me casé!

VEN. Te casaste! y no me dices nada!

CLETO. Sí, chico, me casé.

VEN. Preséntame á tu señora!

CLETO. No es posible.

VEN. Por qué?

CLETO. Porque se ha muerto! (Muy alegre.) Se murió la pobrecita! (Muy triste.)

VEN. Lo siento! De modo que vives solo?

CLETO. No; cuando quedé viudo tomé un ama de gobierno, y he aceptado luégo una huérfana con quien pienso casarme; una jóven bellísima, inocente, y sobre todo sin familia de ninguna clase.—Una huérfana sin padres, ni tios, ni hermanos, ni primos: una proporcion. Quedé tan harto de la familia de mi difunta Escolástica, que juré no volver á casarme si no hallaba una mujer sola como un hongo, huérfana en toda la extension de la palabra.—La he encontrado y cumplo mi juramento.

VEN. Y es jóven?

CLETO. Un pimpollo: diez y nueve años.

VEN. Hombre! Y no te asusta para casarte la diferencia de edad?

CLETO. Si apenas la hay!

VEN. No es nada: somos de la misma edad y tengo ya cincuenta! Ella tiene diez y nueve... Mira que hay mucha diferencia, chico.

CLETO. Segun cuentes.

VEN. Cómo?

CLETO. Si cuentas por años, es claro: pero si cuentas por duros, yo tengo dos y medio y ella uno... No la llevo más que uno y medio. Ya ves que es bien poco.

VEN. Tienes razon.

CLETO. Voy á presentártela... O! Ya verás qué pimpollito!

VEN. Ah tunante! ya sé que tienes buen gusto!

CLETO. O! O!

ESCENA X.

DICHOS y O.

O. Llamaba usted, padrino?

CLETO. Sí, voy á presentarte á mi querido amigo Venancio! Aquí tienes á mi ahijada...

VEN. Tengo mucho gusto en conocerla.

O. Mil gracias.

CLETO. Ya ves que no te había exagerado al decir que era muy bonita.

VEN. Cierto que no.

O. Padrino...

VEN. Yo deseo á ustedes toda clase de felicidades en su matrimonio.

O. Cómo? (Cleto hace señas á Venancio y éste no le ve.)

VEN. Sé ya por Cleto que... (Cleto tose.) Chico, estás muy constipado; debes sudar.

CLETO. Ya, ya estoy sudando.

VEN. Pues sí; Cleto me ha dicho que iban ustedes á casarse muy pronto.

O. Quién? ¿Mi padrino y yo?

VEN. Pero qué, no lo sabía? (Á Cleto.)

CLETO. Te diré, hombre, te diré. Lo que yo no había encontrado medio de decir hace más de un año, lo has dicho tú así, tan de sopeton... que ..

O. Pero es cierto?

CLETO. Si, es cierto que te amo y que deseo hacerte mi esposa...

O. Dios mio!

CLETO. Qué tal cara pone?

VEN. No es fácil saberlo: está de espalda.

CLETO. Cierto. (Va á dar la vuelta para verla la cara y O se vuelve.)

VEN. (Me parece que no le ha sentado muy bien la noticia!)

CLETO. (Pues señor, todavía no sé la cara que ha puesto.) (Se vuelve O poniéndose de frente al foro cuando aparece Serafin.)

O. Ah! Él!

CLETO. (Ha puesto buena cara!)

ESCENA XI.

DICHOS y SERAFIN.

MUSICA.

SERAFIN. Caballeros...
Señorita...

CLETO. Pase usté adelante.

SERAFIN. Servidor de usté.
Mi visita
necesita
una explicacion
y ahora la daré.

—

Tiene usted una cotorra
de valor,
prisionera en una jaula
y al balcon.
Que pronuncia con extraña

claridad,
y en idiomas diferentes
sabe hablar.

CLETO. Es verdad,
es verdad
(Más con esto á dónde este hombre
va á parar?)

O. Es verdad,
es verdad.
(No comprendo despues de esto
qué dirá.)

VEN. (El preámbulo es un poco
singular.)

—

SERAFIN. La he oido en italiano
Voglio mai,
Buona sera, io capisco
y *ascoltai.*
Y en francés otras mil veces
yo la oí:
Oui, monsieur—prenez, madame,
remerci.

O y CLETO
Cierto es
cierto es,
sabe hablar en italiano
y en francés

VENANCIO.
Pues ya es
el hablar en italiano
y en francés.

SERAFIN Y tambien la oí otras veces
en inglés:
Wery well—Milord—Milády
Lóndon—Yes.

—

Y tambien otras palabras
de aleman:
ya mein her esprehen deuschen
reunden mann.

—

O y CLETO.

Es verdad,
es verdad,
que tambien sabe un poquito
de aleman.

VENANCIO.

Si es verdad,
en efecto es sorprendente
habilidad!

—

SERAFIN. Pues esa cotorra
desde este balcon,
dejando la jaula
al mio voló.
Y aquí se la traigo. (Dándosela.)

CLETO. Mil gracias le doy,
mil gracias, mil gracias.

SERAFIN. (Con esta van dos.)

—

Comprendo el cariño
que usted la tendrá,
que es extraordinaria
tanta habilidad.

—

O.

(Si mi padrino
ha sospechado
nuestro plan,
pronto la gorda
sin más remedio
van á armar!
Esto es muy grave,
pues él furioso
le echará,
y es imposible
que ya me pueda
visitar.)

CLETO.

(Años enteros
he dedicado
con afan
á la enseñanza
de la cotorra
sin cesar.
Y he conseguído
que puedan todos
admirar
de su maestro
la pertinacia
sin igual.)

SERAFIN.

(Con el pretexto
de la cotorra,
puedo ya

VENANCIO.

(Yo no comprendo,
pues es un caso
singular,

cuando yo quiera
á mi adorada
visitar.
Ha resultado
muy conveniente
todo el plan.
No cabe duda;
tengo un ingenio
colosal!)

que una cotorra
tales idiomas
pueda hablar.
Y yo que juzgo
que soy un ente
racional,
ni una palabra
de ellos consigo
pronunciar!)

CLETO. Sobre todo á mí me encanta
su aleman!

SERAFIN. El francés á mí me gusta
mucho más!

O. Qué bien sabe el italiano
pronunciar!

VEN. El inglés ha de enseñarme
el animal!

O. *Caro bene, m'ami, m'ami*
per pietá!

SERAFIN. *Prenez vous de la patite,*
oui madame!

CLETO. *Ya mein herr, esprehen densehen*
freunden mann!

VEN. *Wery well, honse, speack english*
waterfall!

HABLADO.

SERAFIN. Pues doy á usted las gracias más expresivas.

CLETO. (Á O.) Anda, vete á ayudar á Circuncision.

O. Con permiso de ustedes.

CLETO. (Á Serafin.) Tome usted asiento.

SERAFIN. (Mirando á O, como ap.) (Bendita esa boquita y esos ojitos, y esa carita!...)

ESCENA XII.

DICHOS ménos O.

CLETO. Siéntese usted. (Serafin va á sentarse en la misma silla que Venancio, dejando ántes sobre la del centro el sombrero.)

SERAFIN. Dispense usted. (Se sienta sobre el sombrero.)

CLETO, VENANCIO y SERAFIN. Ah!

SERAFIN. No me he hecho daño! No ha sido nada. (Arreglando el sombrero y poniéndolo despues sobre el velador.) (¡Que siempre he de hacer alguna barbaridad!...)

CLETO. Conque usted, por lo visto, vive cerca de aquí.

SERAFIN. Soy vecino de la misma casa.

CLETO. Y sale usted poco?

SERAFIN. Muy poco; á mi ocupacion nada más.

CLETO. Le compadezco á usted.

SERAFIN. Por qué?

CLETO. Porque estará usted como yo, oyendo sin cesar á ese rasca-tripas, que no cesa de tocar el violin.

SERAFIN. (Con tranquilidad.) Caballero, ese rasca-tripas soy yo!

CLETO. Usted!

SERAFIN. Sí señor.

CLETO. Pues... (Muy cortado.) Qué demonio, hombre! Tengo mucho gusto en conocer á usted; sí señor, sí, toca usted muy bien. Usted extrañará que yo le haya llamado así.

SERAFIN. No, no señor, yo no extraño nada.

CLETO. Me explicaré. Como las cuerdas del violin son de tripa... eh? usted comprende? Yo... á todos los que tocan instrumentos de cuerda, los llamo en broma rasca-tripas.

SERAFIN. Tiene gracia! Já, já, já!

CLETO. Vamos, le he hecho gracia! Já, já, já!

VEN. Já, já, já! (Los tres se rien y de pronto se quedan muy serios.)

CLETO. Quedo á usted muy agradecido por la devolucion de la cotorra.—Yo soy muy aficionado á los animales.—

Con este motivo le ofrezco á usted mi amistad.

SERAFIN. Muchas gracias.—Pues no quiero molestar á usted más tiempo y me retiro.

CLETO. Usted no me molesta.

SERAFIN. Gracias.

CLETO. Aquí tiene usted una casa á su disposicion.

SERAFIN. Pues yo... aquí encima de usted. (Coge la pantalla del quinqué en lugar del sombrero.) Puede usted disponer de mi inutilidad.

CLETO. Gracias, cúbrase usted. (Serafin se pone la pantalla.)

SERAFIN. Uf! Qué es esto?

CLETO. La pantalla: no tiene nada de particular.

SERAFIN. Soy tan distraido... (Cogiendo el sombrero, que le da Cleto. (Maldito sea mi genio, amen!) (Da una patada sobre el pie de D. Venancio.)

VEN. Caracoles! Me ha deshecho usted un pie!

SERAFIN. Ay! Cuánto siento! Usted me dispense.

VEN. Sí señor, sí, está usted dispensado.

SERAFIN. Á los piés de usted... digo, beso á usted la mano. (Va á salir por la derecha.)

CLETO. Que por ahí se va usted á la cocina.

SERAFIN. Ah! Usted dispense. (Me paso toda la vida diciendo que me dispensen.) (Váse por el foro tropezando al salir.)

CLETO. Vaya usted con Dios... ó con el diablo que le lleve!

ESCENA XIII.

D. CLETO y D. VENANCIO, despues O.

VEN. Qué calamidad de vecino!

CLETO. No lo sabes tú bien.

O. Padrino! Padrino!

CLETO. Qué te pasa!

O. Ay! Qué contenta estoy!

CLETO. Pues?

O. He encontrado á mi madre!

CLETO. Cómo!

O. Sí señor; mi madre vive y vendrá muy pronto á abrazarme! Qué feliz soy!

CLETO. (Dios mio! Ya no es huérfana!) Pero de dónde has sacado eso?

O. Lea usted esta carta que acabo de encontrar en mi cuarto.

CLETO. (Leyendo.) «Hija mia, va á acabar tu orfandad. Pronto »tendrá el placer de darte un abrazo: tu madre, Pauli- »na Bemol.»

VEN. Eh? Qué has dicho? Paulina...

CLETO. Sí, Bemol.

VEN. Cielo santo!

CLETO. Qué pasa!

VEN. Paulina Bemol! (Arrebatando la carta.) Sí, es su letra, los mismos garabatos, y abrazo con h. Es ella.—Cuántos años tienes?

O. Diez y nueve!

VEN. Y tu madre es Paulina? (Á Cleto.) Comprendes? Paulina!

CLETO. Ah! Ya recuerdo la historia! Será posible. .

VEN. Es seguro!—Hija... ven á los brazos de tu padre!

O. Cŏmo! usted mi padre!

VEN. Sí.

O. Padre mio! (Se van á abrazar.)

CLETO. (Interponiéndose.) Alto! Puede haber un error.

VEN. Cómo error!—Hija de mis entrañas!

O. Padre de mi corazon! (Aparece Circuncision.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CIRCUNCISION.

MUSICA.

CIRC.
(Qué es lo que escucho?
Su padre! Oh Dios!
¡Será posible?
¿Y por qué no?)

—

VEN.
Vuelve á mis brazos, hija.

CLETO. Basta de abrazos ya,
y averiguemos ántes
si es tu hija en realidad.

—

CIRC. Dice usted que es su padre?
VEN. Yo soy su padre, sí.
CIRC. Míreme usted de frente.
Vuélvase de perfil.
Póngase usted de espalda.
(Este bien puede ser!)
VEN. ¡Basta de zarandeo!
Quién es esta mujer! (Á Cleto.)
CLETO. El ama de gobierno,
de quien te hablé.
CIRC. (Dios mio! Será este
el tuno aquel?)

—

O. (Llena estoy de gozo,
que hallo por fin hoy
mis papás y un hombre
que me haga el amor.)
CLETO. (Ella siendo huérfana
me inspiraba amor,
pero con parientes
no quiero ni al sol.)
CIRC. (Llena estoy de dudas
y confusa estoy.
Hasta en este caso
¡qué infeliz que soy!)
VEN. (No me cabe duda,
yo su padre soy,
puesto que es su madre
Paulina Bemol.)

—

VEN. (Á Cleto.) Tú dudas todavía?
CLETO. Yo dudo, sí señor.
No puede asegurarse.

VEN. Pues yo seguro estoy!

—

En el pelo y en el talle
y en la boca y la nariz,
y en lo blanca y en lo fina
se parece toda á mí.

—

Y en la cara sandunguera
y en el modo de mirar
y en los piés chiquirrititos
se parece á su mamá.

—

CIRC. Y quién es su madre?
Lo sabe usted ya?

VEN. Lo sé, sí señora.
Lo sé á no dudar.

CIRC. Y quién es entónces?
Quién es? Por favor!

LOS TRES. Segun las noticias
Paulina Bemol.

—

CIRC. Pau-li-na-Be-mol!
Ah! Oh!

(Cae desmayada y con una convulsion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA

O y CIRCUNCISION.

O. Yo te agradezco mucho ese interés que demuestras por mí y que te aseguro que serás siempre mi segunda madre!

Circ. (La segunda! Qué desgraciada soy!) Pero niña, es necesario averiguar si esa que se titula tu madre lo es en efecto.

O. Y qué interés tendría en decirlo? Ademas, ya has visto que mi papá lo asegura.

Circ. (Su papá! Dios mio, será en efecto su papá?)

O. Nada te importe: yo de todas maneras, lo repito, te querré siempre como á una madre!—Ya verás qué bien lo pasamos todos juntos.—Como es natural me iré á vivir con mis padres y te llevaré á mi lado.—Luégo, si el vecino, como parece, me quiere tanto, se casará conmigo, no es verdad?

Circ. Hija mia, el hombre es el animal más dañino de la tierra; no olvides nunca esta máxima.—Por lo demas ese jóven me parece muy apreciable.

O. Qué deseos tengo de conocer á mi mamá.

CIRC. (Su mamá! No hay remedio.—Voy al memorialista á que me escriba la carta.) Te encargo una cosa.

O. Qué!

CIRC. Mira con desconfianza á cualquier madre que se te presente.

O. Por qué?

CIRC. Tengo mis razones para decírtelo.—Adios.

ESCENÀ II.

O sola.

O. Por qué me dirá eso?—Bah! Como me quiere tanto teme que mi madre le robe ese cariño.—Pobrecilla! Ah! Qué feliz soy!—Tengo madre, tengo padre y tengo novio... quién me tose á mí?

MUSICA.

O.

El oir á un guapo mozo
¡qué bonita que es usté!
Ay qué ojitos tan tunantes!
Ay qué manos! y qué pie!
Si hay mujer que diga
que le disgustó,
diga usted que miente,
que lo digo yo.

—

Pues me hallo ya sola
lo puedo decir,
me gustan los pollos
que van por ahí.
Y si uno en la calle
me dice una flor,
me da mucho gusto
y finjo rubor.
Y me volvería

si vienen detrás,
ay Dios! si no fuera
por el qué dirán!

—

Si en lugar de ser los hombres,
yo no sé por qué razon,
las mujeres declarasen
á los hombres su pasion,
la primera cosa,
al contrario que hoy,
sería decirles:
á casarme voy!

—

Y al ver á un pollito
de buen parecer,
se iria la jóven
derecha hácia él.
Y así le diría
con gran claridad:
—Me gusta usted mucho!
digo la verdad.
Es usted muy mono!
y muy retruhan!
Ay Dios, qué bigote!
y qué bien le está!

ESCENA III.

DICHAS y D. CLETO.

HABLADO.

O. Ah! Padrino!

CLETO. Buenas tardes.

O. Qué es eso? Le pasa á usted algo?

CLETO. ¿Te parecen poco los acontecimientos que se suceden desde esta mañana? Viviamos aquí tranquilos y felices

como el pez en el agua, y esta paz nunca alterada ha desaparecido desde que llegó Venancio.

O. Mi papá!

CLETO. Tu padre. (Es decir... mi suegro!—Imposible: juré no tener más suegros.) O.

O. Padrino.

CLETO. Es necesario que hablemos con toda claridad.

O. Como usted quiera.

CLETO. Venancio, que es un hombre muy imprudente...

O. Padrino, que es mi papá...

CLETO. Es verdad; no me hacía cargo.—Venancio, que es el hombre más prudente que he conocido, te dijo, así, de sopeton, que yo te quería... y te dijo la verdad.—Tú no contestaste...

O. Yo...

CLETO. Déjame concluir.—Efectivamente, yo te amo y hace la friolera de año y medio que estaba buscando la manera de decírtelo y no atinaba con ella.—Te quiero por dos razones... la primera porque eres muy bonita y muy buena...

O. Muchas gracias.

CLETO. Y la segunda porque eras huérfana, completamente huérfana, fíjate bien en esto.

O. De modo que ahora que no soy huérfana, ya no me quiere usted? ¿No es esto? ¡Qué alegría!

CLETO. Cómo? Qué dices?

O. Digo, no... qué tristeza!

CLETO. Hablemos con toda claridad.—Tu padre, si me caso contigo será mi suegro...

O. Me parece que sí.

CLETO. Y tu madre mi suegra, y yo estaba decidido á no tener más suegros en mi vida.

O. Y por qué?

CLETO. Porque me fué tan bien con los que tuve, que no pienso borrar aquel agradable recuerdo. Quiero esposa sin parientes de ninguna clase.

O. Ya comprendo, y como yo los tengo desde hoy, quiere

decir que de lo dicho no hay nada y que ya no me quiere usted para esposa...

CLETO. No; no es eso, no te apresures, no te apresures tanto á sacar deducciones.—Tu padre, segun ha dicho, piensa volverse á América, y lo probable es que se lleve á tu madre...

O. Y yo me iré con ellos.

CLETO. Pero si te casas conmigo, como yo no pienso en ir, te quedarás aquí.—De esta manera no me importa que tengas padres ó no.—Con tal de casarme contigo, aguantaría á los suegros... si se marchaban á Ultramar.

O. Pero yo...

CLETO. Exijo, pues, que ahora digas si quieres casarte conmigo ó no. Categóricamente...

O. Yo...

CLETO. Nada, categóricamente.

O. Pues bien: no quiero casarme con usted.

CLETO. No ha podido decirlo de una manera más categórica.—Y por qué, vamos á ver, por qué no me quieres?

O. Sí le quiero á usted, le quiero mucho, pero como á un padre, con un cariño... así, de familia...

CLETO. De familia! No quiero ese cariño. (Paseándose de un extremo á otro de la sala.)

O. Pero padrino...

CLETO. Pero, demonio! Yo no soy tu padrino, yo no soy nada tuyo.—Aquí hay gato encerrado!

O. Cómo gato?

CLETO. Tú quieres á algun hombre... Dime la verdad.

O. Sí señor.

CLETO. Quién es ese hombre?

O. El de arriba... el del violin...

CLETO. Yo bien decía que había gato...

O. Cómo?

CLETO. El gato es ese chisgarabís.—Cuando le vea le doy un puntapié que le vuelvo loco.

O. Por qué?

CLETO. Porque sí, y es bastante.—Y si yo sé que tú haces caso

á ese bicho, tomaré una determinacion...

O. Usted no tiene nada que decirme; eso será cosa de mis papás...

CLETO. (Cierto, tiene papás: esto me consuela de que no me ame!) (Váse.)

ESCENA IV.

O, despues SERAFIN.

O. Se ha incomodado! No sé por qué. Yo le agradezco mucho lo que ha hecho por mí, pero me parece muy ridículo que un viejo feo como él quiera casarse con una jóven bonita... como yo.

SERAFIN. (Que se ha ido acercando de puntillas.) Y muy bonita y muy rebonita.

O. Ay!

MUSICA.

DUO.

SERAFIN.
Vivir ya no puedo
si no es junto á usted.
Por eso tan pronto
he vuelto otra vez.

P.
Me va usted, vecino,
á comprometer,
si en casa sospechan
á qué viene usted!

SERAFIN.
Me importa un comino
que sepan á qué,
pues un dia ú otro
lo habrán de saber.

—

(Tengo todo el plan
de un conquistador
y conseguiré

alcanzar su amor.
Soy un pillastrin!
Soy un seductor!
Ay que retunante!
Ay qué pillo soy!
¡Jé, jé, jé!
Esto es de lo poco
que hoy se ve!)

—

Tu amor ó la muerte!
La muerte ó tu amor!

O. Por Dios se lo ruego,
baje usted la voz!
Si no de seguro
nos pueden oir,
que está mi padrino
muy cerca de aquí.

—

SERAFIN. (Con el aliento.) Yo te quíero,
mi lucero,
por tus ojos
yo me muero,
que el no verte
da la muerte
y en tí cifro
yo mi suerte.
Bien querido,
que me quieras
yo te pido
por favor;
mucho, mucho,
pues te advierto
que me mata el arrechucho
del amor!

—

O. (Lo mismo.) Si me quiere,
yo le ruego

que modere
tanto fuego,
pues si sigue,
se lo juro,
que consigue
de seguro
que se entere
mi padrino,
y ese es todo
mi temor.
Ya le escucho,
mas le ruego
que modere el arrechucho
del amor!

—

SERAFIN.

Ay qué arrechucho
tan seductor!
Yo te quiero mucho; mucho,
dame tu amor!

O.

De ese arrechucho
todo el calor
que modere, mucho, mucho
es lo mejor!

HABLADO.

O. Por Dios le pido á usted que se vaya. Mi padrino está en casa...

SERAFIN. No importa; somos yá muy amigos, y si extraña que haya vuelto tan pronto le diré que he venido á traer otra vez la cotorra que se ha vuelto á escapar. ¿No le parece á usted ingenioso? Eh? Si lo que á mi se me ocurre!... Soy el demonio!

O. De todas maneras váyase usted, yo se lo suplico.

SERAFIN. No puede ser; vengo á una cosa muy importante.

O. Á qué?

SERAFIN. Á decirla á usted que debemos llamarnos de tú...

O. Cómo?

SERAFIN. Sí; que debemos tutearnos, porque yo te amo mucho.
O. Pero caballero...
SERAFIN. Llámame Serafin.
O. Pero Serafin...
SERAFIN. Ah, O!
O. ¡Márchese usted...
SERAFIN. De tú, de tú ..
O. Pues bien, márchate tú (Ay qué vergüenza!)
SERAFIN. Bendita seas!
O. Mi padrino está muy incomodado con usted... digo contigo...
SERAFIN. Conmigo?
O. Sí; acaba de decir que cuando te vea te va á dar un puntapié que va á volverte loco.
SERAFIN. Y por qué?
O. Porque me quieres!
SERAFIN. Ay qué bruto!
O. Que puede oirte!
SERAFIN. Ay qué bruto! (Con el aliento.)
O. Por eso te digo que te vayas.
SERAFIN. Bueno, me voy, pero asómate con más frecuencia á la ventana...
O. Ya me he asomado bastante.
SERAFIN. Valiente cosa, diez ó doce veces desde esta mañana!
O. Vete por Dios.
SERAFIN. Te adoro. Dame la mano.
O. Toma, pero vete.
SERAFIN. (Arrodillándose.) Te idolatro. (Se la besa.)
VEN. Bien!
O. Ay!

ESCENA V.

DICHOS, VENANCIO.

SERAFIN. Á los piés de usted, señorita.
VEN. Conque á los piés? Ya lo creo que á los piés!
SERAFIN. Servidor de usted. (Disponiéndose á salir.)

VEN. (Deteniéndole por los faldones.) Caballerito! ¿Con qué derecho se permite usted arrodillarse delante de esta jóven

SERAFIN. (Ea, ya me cargué yo!) Y con qué derecho me lo pregunta usted?

VEN. Yo soy su padre.

SERAFIN. Su padre?

O. Sí, señor, mi papá, mi querido papá.

VEN. (Qué zalamera es! Como su madre, lo mismo!)

SERAFIN. Yo creí que esta señorita era huérfana.

VEN. Lo era; pero ya no lo es.

SERAFIN. Ya! (Caso raro: nacer los padres despues que el hijo.)

VEN. Por lo tanto hágame usted el obsequio de explicarme la posicion que ocupaba cuando yo entré.

SERAFIN. Es muy sencillo: mire usted. Yo estaba así. (Se arrodilla y la coge la mano. D. Venancio le coje por el cuello de la levita y lo levanta en alto haciéndole pasar á su derecha.)

VEN. Estoy enterado!

O. Papaíto!

SERAFIN. (Á este caballero no le gustan las bromitas.) Pues bien: en dos palabras le explicaremos á usted el motivo. Yo vivo arriba. (Muy vivo lo que sigue.)

O. Vive arriba.

SERAFIN. Soy artista; toco el violin...

O. Toca el violin.

SERAFIN. Desde aquí se me oye tocar.

O. Se le oye tocar.

SERAFIN. He logrado conmover el alma de esta jóven.

O. Ha conmovido mi alma.

SERAFIN. Ántes de conocernos personalmente.

O. Mucho ántes.

SERAFIN. Despues nos vimos.

O. Nos vimos.

SERAFIN. Y nos amamos.

O. Nos amamos.

LOS DOS. Ni más ni ménos. (Pausa.)

VEN. Pues es bastante.

SERAFIN. Caballero: no mate usted nuestro amor cuando ha lle-

gado á estas alturas.

VEN. Á qué alturas?

SERAFIN. Ya ve usted, estamos en un cuarto tercero con entresuelo.

VEN. Usted me parece un tunante.

SERAFIN. Muchas gracias.

VEN. Le gusta á usted hacer chistes y se va usted á encontrar un dia con la horma de su zapato.—Haga usted el favor de salir de aquí inmediatamente.

SERAFIN. Pero...

VEN. No hay pero que valga.—Y usted, señorita, ya sabe que debe todo lo que es á la proteccion de mi amigo don Cleto: él la desea á usted para esposa y usted debe pagarle con su mano los muchos favores que le debe.

O. (Dios mio!)

SERAFIN. Adios esperanzas!

VEN. Vaya usted con Dios!

SERAFIN. Caballero: yo no puedo vivír sin el amor de su hija.

VEN. Pues reviente usted!

SERAFIN. Qué amabilidad!—Mañana leerá usted en *La Correspondencia* un suelto concebido en estos términos.—«Ayer se encontró en el estanque de los patos el cadáver de un jóven bien parecido, que se suicidó por causas que se ignoran. Era violinista. El arte ha perdido uno de sus más legítimas esperanzas. Se llamaba Serafin Bemol.»—Será un bombo póstumo.

VEN. Cómo, dice usted que se llama?

SERAFIN. (Le ha conmovido!) Serafin Bemol, servidor de usted.

VEN. Bemol?

SERAFIN. Sí señor.

VEN. Es usted acaso pariente de doña Paulina Bemol.

SERAFIN. Ese es el nombre de mi mamá.

O. Eh!

VEN. Es posible? Y su padre de usted?

SERAFIN. No le he conocido!

VEN. Caracoles!

O. Dios mio!

VEN. Qué edad tiene usted?
SERAFIN. Diez y nueve años.
VEN. Es imposible!
SERAFIN. Le digo á usted que tengo diez y nueve.
VEN. (Á O.) Tú tienes esa misma edad! Su mamá de usted ha tenido algun otro hijo?
S RAFIN. Una niña que nació conmigo y que yo no conocí porque murió muy chiquitina.
VEN. Esa niña no ha muerto!
SERAFIN. Cómo?
VEN. Esa niña es esta!
O. Jesús!
SERAFIN. Qué oigo!
VEN. Sí, es mi hija y tú eres mi hijo! Hijo de mi corazon! (Abrazándole.)
SERAFIN. Padre mio! (Se abrazan.)

MUSICA.

TERCETO.

O. Es mi hermano!
VEN. Es su hermano!
SERAFIN. Soy su hermano!
SERAFIN y O. Ay, qué horror!
VEN. Ay, qué horror!
LOS TRES. Imposible es { nuestro / vuestro } amor!

—

VEN. (Atroz resultado
de ser un tronera
estoy asustado
y lleno de horror.)
O y SERAFIN. (Horror! Horror!)
VEN. Horrible castigo!
Por ser calavera
hoy hago que muera
su cándido amor!

O y SERAFIN. (Horror! Horror!)

VENANCIO.

Ay de mí!
En buen lio les metí!

O y SERAFIN.

Ay de mí!
Para siempre { la / le } perdí!

O y SERAFIN. Y de esta manera
yo pago inocente
lo muy calavera
que fué mi papá:
cariño de hermano
mi pecho no siente,
y creo que en vano
sentirlo querrá!

—

Ay, hijos mios! (Abrazándolos.)
O. Papá!
SERAFIN. Papá!
LOS DOS. Somos hermanitos!
Qué barbaridad!

—

O. Ah!
SERAFIN. Ah!
VEN. Ah!
O. (Riendo de una manera descompuesta.)
Já, já, já, já!
VEN. De qué te ries?
O. Papá!—Pa-pá!
SERAFIN. ¡Se ha vuelto loca!
O. Já, já, já, já!

—

VENANCIO y SERAFIN. ¡Qué atrocidad!
O. Já, já, já, já!

—

(Recuerdo del duo del acto primero.)
Ay Serafin!
Oyendo el dulce son
de tu violin,

me pongo en conmocion.
Tiririn, tiririn! (Bailando.)

—

VENANCIO y SERAFIN. Oyendo el dulce son
de { su / mi } violin
se pone en conmocion.
Tiririn, tiririn!

—

O. Tiririn, tiririn,
tiririn, tiririn!

—

VEN. Sin duda la impresion
la ha vuelto al magin.
¡Ay, qué desolacion!
Tiririn, tiririn!

—

SERAFIN. Me da en el corazon
un duelo sin fin
oirla esa cancion.
Tiririn, tiririn!
O. Ay, Serafin!
SERAFIN. Ay, qué conmocion!
O. Tiririn, tiririn,
tiririn, tiririn.

—

TODOS. Tiririn, tiririn,
tiriron, tiriron!

HABLADO.

O. Dios mio! Qué desgracia! Ah! (Se desmaya.)
VEN. Se ha desmayado! Agua! Vinagre!
SERAFIN. Agua! Agua! (Gritando. Va á entrar por la derecha á tiempo que sale D. Cleto y tropieza con él.)

ESCENA VI.

DICHOS y D. CLETO.

CLETO. Qué es esto? Usted aquí! (Le pega un puntapié.)
SERAFIN. Vinagre! (Entra por la segunda derecha.)
VEN. Por qué pegas á mi hijo?
CLETO. Cómo tu hijo!
VEN. Sí, ese es mi hijo, esta es mi hija, todos son mis hijos.
CLETO. Qué es eso? Qué tiene O?
VEN. Que al saber que ese es su hermano, se ha desvanecido!
CLETO Conque es su hermano! Conque tambien tiene hermanos! (Familia completa!) (Haciéndola aire con los faldones.)

ESCENA VII.

DICHOS, SERAFIN y CIRCUNCISION, con un vaso de agua.

CIRC. (Saliendo.) Dónde está? Dónde está?
SERAFIN. (Rociándole la cara con agua.) Vuelve en tí, hermana mia!
CIRC. Hermana de usted? (Trayéndole al proscenio.)
SERAFIN. Sí señora, mi hermana!
CIRC. Hermana de padre!
SERAFIN. De padre y madre! Á usted qué le importa?
CIRC. (Esto es un lio! No hay más remedio que entregar la carta.)
SERAFIN. Ya parece que vuelve.
VEN. Hija mia!
CLETO. (Por Serafin.) Esta calamidad sería mi cuñado!
VEN. Más agua, echarla más. (Serafin coge el vaso y vierte todo el agua sobre D. Cleto.)
CLETO. Canastos!
O. Ay!
VEN. Ya vuelve!
O. ¿Dónde estoy?
SERAFIN. Lechuga, treinta, tercero.
VEN. Hijo mio, eres un mamarracho!
CLETO. Te sientes mejor?

O. (Llorando.) Y para esto encuentro á mis papás!

CLETO. (Á Circuncision.) Anda, llevarla á su cuarto; que se acueste un poco y que se tranquilice.

CIRC. Vamos, hija mia.

O. (Apoyándose en el brazo de Circuncision.) Infeliz de mí!

CIRC. (Qué desgraciada soy! (Vánse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. CLETO, D. VENANCIO y SERAFIN.

VEN. Hijo mio!

SERAFIN. Papá!

VEN. Vamos á ver á tu madre; ya deseo darla un abrazo.

SERAFIN. Cuando yo salí no estaba en casa; pero tal vez haya vuelto.

VEN. Vamos.

CLETO. Y cómo demonios han averiguado ustedes este parentesco?

VEN. Por el apellido.

CLETO. Qué apellido?

VEN. Bemol.

CLETO. Esto ya tiene tres bemoles.

VEN. Y dónde ha ido tu madre?

SERAFIN. Á ver á una prima suya que tiene un hijo malo.

CLETO. (Una prima con hijos! Más parientes!)

VEN. Vamos, vamos, que estoy impaciente por verla.

SERAFIN. Ella no creía verle á usted ya más!

VEN. Lo comprendo: (Lloroso.) le dije, vuelvo... y volví las espaldas! Vamos.

SERAFIN. Vamos!

VEN. Volveremos con su madre!

CLETO. Vayan ustedes con Dios!

ESCENA IX.

D. CLETO.

Pues señor, parece que estamos representando un me-

lodrama; todo se vuelven reconocimientos.—Ah!—Sí. —Tú... esa cara, esa facha, aquella facha: hija mia!—Padre mio!—Pasan cinco minutos.—Cielos!—Esa nariz, aquella oreja, ese tobillo!—Yo soy tu hijo!—Yo soy mi padre!—Yo soy mi abuelo!—Padre mio!—Abuelo de mis entrañas!—Abrazo número tres mil seiscientos cincuenta y siete.—Me he lucido: yo he educado á esa jóven; yo la he amado sólo por ser huérfana, y resulta ahora que es parienta de todo el mundo!

MÚSICA.

CLETO. Me condena otra vez mi suerte negra
á vivir entre un suegro y una suegra!
desgraciado de mí!
por qué la suerte me persigue así?

—

Ay! qué par de suegros
tuve que aguantar?
Su recuerdo sólo
me hace tiritar.
Era don Severo
bajo y regordete,
se movia mucho
y hablaba en falsete:
doña Restituta
era una señora,
que se sofocaba
cada media hora:
con la voz muy hueca
y el andar ligero,
y con más bigotes
que un carabinero.
Cuando yo algo hacia
que les disgustaba,
él me reprendia

y ella me arañaba:
y más de tres años
casi sin cesar,
diálogos como este
tuve que aguantar.
—Es usté un tirano!—
—pobre hijita mia!—
—por qué te casaste?—
—yo bien lo decía!—
—este hombre es un cafre!—
—es un beduino!—
—es un hotentote!—
—es un asesino!—
y despues de todo
para conclusion...
caia mi esposa
con la convulsion!

—

Por fin un dia
víudo me ví,
y de alegría
no cupe en mí!
y aun tan inmenso
mi gozo es,
que al verme libre
bailan mis piés!

—

Ya no sufro de los suegros
la irritante y dura ley;
el buey suelto bien se lame
y yo quiero ser el buey!
Ya soy dichoso;
viva el amor!
mueran las suegras
y víva yo!
Tra la ra la. (Bailando.)

HABLADO.

ESCENA X.

DICHO y O.

O. Padrino!

CLETO. Qué es eso? Te has tranquilizado? Se te ha pasado ya el susto?

O. Vengo á decirle á usted que estoy completamente decidida.

CLETO. Á qué?

O. Á eso.

CLETO. Y qué es eso?

O. Á casarme.

CLETO. Que sea en hora buena; díselo á tu papá. Yo no tengo que intervenir en nada tuyo.

O. Pero no quiere usted casarse conmigo?

CLETO. Ah! Pero es conmigo con quien estás decidida á casarte?

O. Sí señor.

COETO. Y lo haces completamente á gusto?

O. (Llorando.) Con mucho gusto, si señor.

CLETO. Pues no se conoce. Por qué lloras?

O. Ya vé usted si tengo motivos! Haber resultado hermano mio!...

CLETO. Ah! Comprendo tu pena! Es una verdadera desgracia tener un hermano que toca tan mal el violin!

O. Pobre de mí!—Nada, cuando usted quiera nos casamos... No quiero verle más.

CLETO. De manera que aceptas mi proposicion! Lejos de tus parientes, no es esto?

O. Sí señor, muy lejos.

CLETO. Ah! Qué alegría! Ya verás qué felices somos, ya verás. —Tu papá se marcha á América, llevándose á tu madre y hermanito, y nos quedaremos solos, solos como hasta aquí!

O. Sí señor, solos!

ESCENA XI.

DICHOS Y CIRCUNCISION.

CIRC. Señor, acaban de traer esta carta para usted.

CLETO. Dame acá.

CIRC. (Así á lo ménos me quedo tranquila. Qué desgraciada soy!)

CLETO. Dónde diablos andarán mis anteojos?—Estoy trastornado con esta série de acontecimientos.

O. Me voy á mi cuarto; quiero llorar sin que nadie me vea! (Váse.)

CIRC. (Ay! Qué desgraciada soy) (Váse por donde O.)

ESCENA XII.

D. CLETO solo.

Abriendo la carta despues de ponerse los anteojos.

Veamos.—«Señor don Cleto Rabanillo.—Muy señor »mio y de toda mi consideracion. Está usted siendo »víctima de un engaño horrible.»—Cáspita.—«Esa se- »ñora Bemol que dice ser madre de su ahijada de usted, »es una impostora.»—Caramba!—«Tengo pruebas de lo »contrario!»—Canastos!—«La verdadera madre se halla »cerca de usted!»—Caracoles!—«Y se presentará cuando »lo juzgue oportuno!»—Zambomba!—Esto ya es el colmo!—Otra madre! Dos madres! Yo no puedo más! (Cae sobre un sillon.) Y quién será está? La carta viene sin firmar!—Parece que jugamos á *la gallina ciega*!—O! O! (Llamando.) Ven al momento!

ESCENA XIII.

DICHO y O.

O. Qué me quiere usted?

CLETO. No llores! Ya no hay motivo para ese llanto.

O. Pues qué ocurre?

Cleto. Esa tu madre no es tu madre.

O. Cómo?

Cleto. Ó más claro, que no eres hija de tu madre.

O. Qué dice usted?

Cleto. Lo que te digo: lee esta carta que acabo de recibir! (Dándosela.) Va á resultar que no eres hija de nadie ó que lo eres de todas las madres del universo.

O. Ah! Qué felicidad! Conque es decir que no soy hermana de Serafin?

Cleto. Por lo visto.

O. Qué alegría! Dios mio, qué alegría!

Cleto. Yo tambien me alegro! Tal vez esta madre no tenga parientes.—Pero por si acaso los tiene, creo que lo mejor será marcharnos de aquí ántes de que se dé á conocer.—Mañana mismo nos vamos á cualquier parte, donde tú quieras.

O. Cá! No señor, ya no quiero marcharme?

Cleto. Eh?—Pues no habiamos quedado en eso? No decías que estabas decidida á casarte conmigo?

O. Sí señor, pero es porque creía que Serafin era mi hermano.

Cleto. Zambombita! Conque ahora salimos con esas! Usted hará lo que yo la mande! Mientras su padre de usted no parezca tiene usted que obedecerme!

Circ. (Al foro.) Qué es esto?

Cleto. Se casará usted conmigo!

O. Pues será á viva fuerza!

Cleto. Sea como sea.

Circ. Eso no! (Presentándose.)

ESCENA XIV.

DICHOS y CIRCUNCISION.

Cleto. Quién te manda á tí meterte donde no te llaman? Á la cocina.

Circ. Usted quiere imponer su voluntad á esta niña y yo no

he de consentirlo.—Retírate; tengo que hablar con este caballero.

O. Gracias, gracias. (Váse.)

ESCENA XV.

D. CLETO y CIRCUNCISION.

CIRC. He callado muchos años. Ya es preciso hablar!—Yo soy su madre!

CLETO. Otra! Y son tres! Tú su madre!

CIRC. Yo soy la verdadera: todas las demas que digan serlo, mienten!

CLETO. Entónces por qué su último padre asegura que es la otra?...

CIRC. Su padre se equivoca. Tengo una prueba y la presentaré.

CLETO. Pues apresúrate á deshacer este enredo, porque Venancio está decidido á casarse con la otra creyéndola madre de la chica.

CIRC. Felizmente tengo una prenda suya.

VEN. (Dentro.) Cleto!

CLETO. Aquí está. Entiéndete con él.

ESCENA XVI.

DICHOS y VENANCIO.

VEN. Cleto! Dame un abrazo!

CLETO. Qué, soy yo tambien hijo tuyo?

VEN. No es eso!— Tu ahijada no es hija de Paulina.

CLETO. Ya lo sé.—Se ha presentado su verdadera madre.

VEN. Sí?

CLETO. Sí.

VEN. Y quién es?

CLETO. Esta señora.

VEN. Ah! ya! Tu ama de gobierno! Y el padre desconocido, eh?

CLETO. No; conocido, muy conocido.

VEN. Quién és, quién?

CLETO. Ella te lo dirá.—Circuncision, dí á este caballero quién es el padre.

CIRC. Su padre es un jóven que hace veinte años frecuentaba la calle del Sombrerete.

VEN. Sí, eh? (Afectando indiferencia.)

CLETO. (Es la vecina de mi Tisbe!)

CIRC. Sí señor!

VEN. Pero no comprendo...

CIRC. Le ví por última vez en el Carnaval de mil ochocientos cincuenta y tres...

VEN. (Caracoles! Será gracioso...)

CLETO. Lo está acorralando! Jé, jé, jé!

CIRC. El seductor fué aquella noche á mi casa disfrazado...

CLETO. De turco! (Á Venancio.)

CIRC. No sé: me dijo que aquel traje era de Almirante ruso!

CLETO. Eh?

VEN. Lo oyes? De almirante!

CLETO. Dios mio!

VEN. Jé, jé, jé!

CIRC. Me parece que la cosa no es para tomarla á risa. Le advierto á usted que puedo probar que es cierto; que conservo una prenda... Aquí está. (Sacándola.)

CLETO. Mi charretera! (Cayendo en los brazos de Venancio.)

CIRC. Cómo! usted!

VEN. Este es el almirante.

CLETO. Y tú eres!...

CIRC. Tisbe!

CLETO. De manera que O es hija mia!

CIRC. Sí, Cletito!

CLETO. Silencio! Todo se arreglará.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SERAFIN, despues O.

SERAFIN. Papá! Papá!

VEN. Qué pasa?

SERAFIN. Mi mamá nos espera para comer, y dice que suba tambien mi futura y su familia?

CLETO. Qué futura?

VEN. (Viendo á O.) Esta, mi hija!

CLETO. Cómo hija tuya!

VEN. Hija... política, puesto que se casa con mi hijo. ¿No es verdad?

CLETO. Sí, que se casen!

SERAFIN. Soy el hombre más díchoso!—Oh! (Tropezando con Circuncision.)

VEN. Ea, vámonos todos á comer arriba!

SERAFIN. Sí, vamos, y á los postres para obsequiar á ustedes tocaré un poco el violin.

CLETO. No; eso no! Toque usted todo lo quiera ménos el violin. (Al público.)

Pidiendo un aplauso ya
juego á la GALLINA CIEGA:
¿el público lo dará?
yo pierdo si me lo niega...
y gano si me lo da.

FIN.

NOTA.

—

Para la partitura de esta obra, cuyo precio es doscientos reales, dirigirse á D. Francisco Sedó.—Greda—32—4.°—Madrid.



